

en esa modalidad del discurso histórico, el enunciado usurpa, con facilidad, los registros habituales del proceso descriptivo, para incidir en implicaciones sutiles que derivan de una secuencia de acontecimientos; es ese modo de proceder —entre otros— el que determina, por asociación, la digresión creativa en el discurso histórico desde la antigüedad clásica hasta el siglo XVIII.

En España, y más concretamente, en la novísima empresa que se proponía la historiografía de Indias, el pensamiento histórico de los humanistas otorgó una inmensa latitud al discurso que gestó el descubrimiento y la conquista<sup>58</sup>. Las nuevas posibilidades descriptivas que señalo son evidentes ya en el *Opus epistolarum* de Pedro Mártir de Anglería, pero sobre todo en sus *Décadas de Orbe Novo* (1530)<sup>59</sup>. Y a esa fina tradición letrada pertenecen por igual buena parte de la *Historia general y natural de Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo<sup>60</sup>; la *Historia de las Indias y conquista de México*, de Francisco López de Gómara; la *Historia natural y moral de Indias*, del agudo padre José de Acosta, así como los textos oscuros que Juan Ginés de Sepúlveda nos dejó en su *De rebus hispanorum gestis ad Novum Orbem*; es a ese amplio linaje de textos cuidadosamente elaborados al que pertenece de lleno *La Florida del Inca*, tan distante ya, en muchos órdenes, de los testimonios de leguleyos como el Palentino o de las corroboraciones detallistas e inventariales de un Bernal Díaz o de un Rodríguez Freyle<sup>61</sup>. Para el quehacer más complejo que proponía el humanismo histórico, no bastaba con la supuesta corroboración de los hechos tal y como entonces se practicaba, sino que interesa más al humanista vislumbrar cómo debía configurarse el conocimiento histórico. Todo ello implica, por supuesto, la formulación de un discurso que admite como componente central una dimensión argumentativa que —sobre la marcha— establece y cuestiona sus propias opciones.

Hay, por último, otra dimensión raigal e intensamente problematizada que reconocemos en el discurso de la historiografía humanista consagrada, en las *Décadas*, de Pedro Mártir; en la *Historia de las Indias*, de Gómara, y creo que más intensamente aún en *La Florida*, del Inca. Lo que deseo subrayar ahora es que Garcilaso —sin la autoridad del testimonio directo y en posesión de fuentes muy incompletas— se ve en una disyuntiva muy similar a la del novelista; es decir, se ve ante la necesidad de crear, ante todo, un espacio de lectura que designa, en gran medida, su propia singularidad y que tiene como base una intertextualidad imaginativa. Concebido así, el texto se logra mediante un ejercicio retórico dirigido tanto hacia la persuasión creativa como hacia la ordenación de conocimientos fácticos. Con esa perspectiva, la realidad contextual, entonces remota y desconocida, se configura en los signos específicos del texto<sup>62</sup>.

<sup>58</sup> Latitud que corroboraríamos en *La crónica de la Nueva España*, de Francisco Cervantes de Salazar, y mucho después en la *Historia de la Nueva España* (1684), de Antonio Solís.

<sup>59</sup> La vasta significación de esa obra se elucida en el estudio de María de las Nieves Olmedillas de Pereiras, *Pedro Mártir de Anglería y la mentalidad exoticista* (Madrid: Editorial Gredos, 1975).

<sup>60</sup> Sobre todo las reflexiones que enuncia Oviedo, sobre la actividad política, y la naturaleza misma de la historia en el comienzo y terminación de su gran *Historia general*.

<sup>61</sup> Ver mi *Vocación literaria del pensamiento histórico en América*, págs. 123-155.

<sup>62</sup> Nociones éstas que enuncia en detalle Marcel Bataillon en su *Erasmus en España* (México: Fondo de Cultura, 1950), págs. 622 y ss.

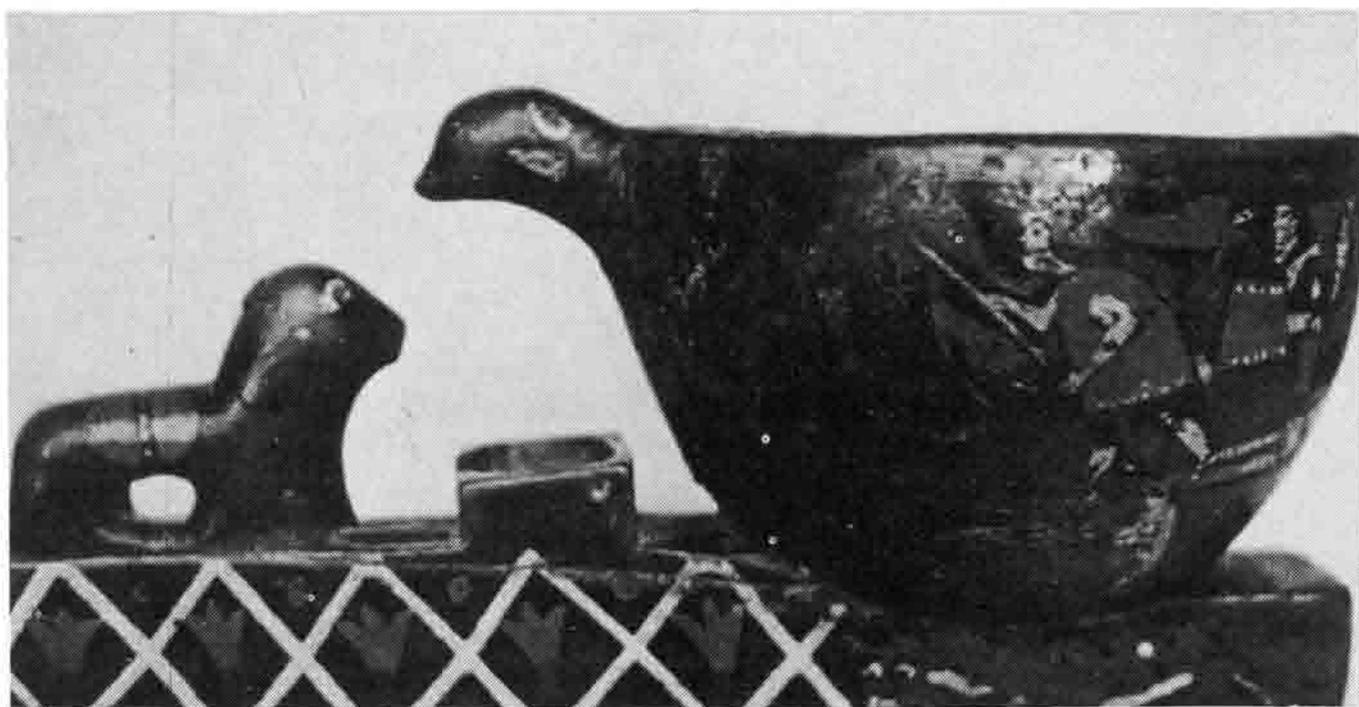
Pero observemos que la realidad americana —como espacio cultural diferenciado— a que se alude en *La Florida*, en las *Décadas*, de Pedro Mártir, y en *Historia*, de Gómara, permanece, en última instancia, sin una designación auténtica. Esa configuración imaginaria, utópica del ámbito americano, le convertirá gradualmente en un espacio-texto que en diversas proporciones radicará más allá de los mecanismos nominalistas de que disponía entonces la historiografía del humanismo renacentista. América, como invención existirá, pues, como entidad desfigurada por el propio discurso que pretende identificarla; será el texto que se ve desprovisto de designaciones satisfactorias y que, con frecuencia, será contradecido por su propia glosa<sup>63</sup>. Contemplada de ese modo, *La Florida* aparece, en parte, como un sistema argumentativo de belleza incuestionable pero que desvirtúa —como discurso histórico— su propia validez referencial, ya que la escritura, como tal, se constituye como significante primario de lo relatado. En *La Florida* —y en la historiografía humanista de Indias— el discurso concebido como gestión utilitaria se consagra, sin embargo, como actividad poética; actividad que pretende nombrar —como acción reveladora— ese espacio cultural americano que se hallaba más allá de los sistemas descriptivos vigentes. Es en la revelación de ese espacio donde reside, en definitiva, la posibilidad de un discurso genuino; discurso que se proyecta como texto ideal y problematizado y que partiendo de *La Florida*, Garcilaso querrá consolidar definitivamente en sus *Comentarios reales*; texto, además, del que en última instancia, dependía la legitimidad de su persona y de la naciente cultura hispanoamericana que él sentía ya aunque entre no pocos equívocos como suya.

Hay, entonces, implícitamente en *La Florida* el comienzo —acaso primigenio— de una búsqueda, de una intelección capaz de lograr el texto que asimila y designa plenamente vivencias culturales que permanecían sin expresión adecuada. Se sugería entonces la necesidad de un texto en el que quedarían resueltas satisfactoriamente las percepciones desdobladas de nuestras aparentes anomalías, esplendor y extremos culturales; y en esa escritura se manifestará, ciertamente, un repudio de jerarquías ajenas a nuestro acontecer, pero más que nada, se expresará la necesidad de otras suertes de descubrimientos y lecturas que debían llevarse a cabo en el seno mismo de la tradición textual que ha establecido la actividad cultural en Hispanoamérica a lo largo de siglos<sup>64</sup>. El texto primordial e ilimitado a que he aludido es el que en los dos últimos siglos ha cristalizado progresivamente en el *Facundo*, de Sarmiento; en *La vorágine*, de José Eustasio Rivera; en *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, y también es el texto que magistralmente se explicita en *Paradiso*, de José Lezama Lima; en *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier; en *Cien años de soledad*, y más recientemente aún en *Terra nostra*, de Carlos Fuentes<sup>65</sup>. No creo que haya en lo que he afirmado hasta aquí, una

<sup>63</sup> Sabemos, por ejemplo, que Bernal Díaz refutará como inexactas las descripciones que ofrece Gómara, pero al intentar enmendarle terminará —en varias ocasiones— por construir una parodia inconsciente de las descripciones seductoras que Gómara imaginativamente hace de Tenochtitlán.

<sup>64</sup> En parte, son esos descubrimientos los que efectúan viajeros y exploradores en los siglos XVIII y XIX; en este último siglo destacará, por supuesto, otro régimen de lecturas evidentes en el *Facundo*, de Sarmiento, y diversos textos de José E. Rodó.

<sup>65</sup> Obra esta última en la que se dramatiza en instancias muy diversas la ausencia de esos textos que, al



*Recipiente ritual fabricado en madera.*

sobrevaloración de la modernidad problemática que exhiben los textos del Inca. Lo que he señalado lo enuncia, sin más, su propia escritura. Más aún, sus textos y su persona aparecen hoy como una dimensión primaria, pero dinámica de nuestra historia cultural; dimensión ubicada, entre las codificaciones absolutistas de la historiografía teocéntrica e imperial y el utopismo conflictivo que ya señalizaba —como apertura— el porvenir americano.

ENRIQUE PUPO-WALKER

*Center for Latin American and Iberian Studies  
Vanderbilt University*

NASHVILLE, TENNESSEE 37235 (USA)

---

no resumir genuinamente la significación de un pasado, no podían, por supuesto, responder a los enigmas del futuro. Ver: Carlos Fuentes, «La novela en español hoy», *Revista Iberoamericana*, vol. 47, núms. 115-117 (1981), págs. 312 y ss.